

# Había una vez mi Caperucita roja

**CAROLINA GONZÁLEZ ALVARADO**

**P**ara entender la realidad muchas veces recorro a historias, a un mundo mágico que engloba seres fantásticos que a su vez permiten entenderme. En ocasiones, acudo a aquellas historias que tienen un lenguaje universal, relatos que se han convertido en símbolos y a través de los cuales, se develan destellos de realidad.

Entre ellos, están los cuentos de hadas que en ocasiones suelen ser predecibles, gracias a aquellas dosis de princesas hermosas y caballeros enamorados. Sin embargo, existe un personaje que logra distinguirse de todas esas doncellas de voces melodiosas y tobillos frágiles: Caperucita roja, uno de mis personajes favoritos, reconocida –según la versión– como una mártir distraída y desobediente que es devorada por el lobo o una heroína que decide cómo debe morir el licántropo a manos de un leñador –que extrañamente– paseaba por allí.

Si bien, es claro que Caperucita se ha adecuando a cada tiempo y espacio, funcionando como un espejo en el que se ven reflejados los prejuicios e intereses de la época, aún tiene el poder para significar, a pesar de lo incrédulos que lleguemos a ser.

Es importante observar los elementos que conforman la historia, los cuales se han interpretado de tan distintas formas que, retomada por autoras contemporáneas, como Luisa Valenzuela y Becky Rubinstein –por mencionar algunas–, Caperucita se ha transformando por medio de nuevos relatos que han logrado hacerme entender ciertos aspectos de mí misma.

Ante esta nueva visión, considero importante ver a este personaje desde otro punto de vista: el que permita sacar la significación que cada elemento merece. Para acercarme a esto, en este ensayo narraré lo que para mí era la cotidianidad de Caperucita antes de salir al bosque y el viaje a través de él...

Érase una vez, una de tantas en todos los tiempos que fueron, que son y serán, alguien a quien llamaban Caperucita Roja. Ella vivía con su madre, en una pequeña casa, en un punto seguro y reconocido de la aldea. Perrault y los hermanos Grimm, decían que era la más linda niña campesina que habían visto, lo que hacía incomodar a Caperucita quien, encerrada en el baño y pensando en los comentarios de los clásicos escritores, se deformaba el rostro con las manos mientras hacía muecas monstruosas que a veces, se parecía al ser que mamá temía.

Todos los días, por las mañanas, Caperucita abría la ventana a la luz, corría la cortina y alzaba los brazos y sentía ganas de gritar, silbar, hendirlo todo. Para acercarse al bosque que veía resignada cuando el cuerpo comenzaba a pesarle y se cansaba de aprisionar en el pecho el aire que se negaba a salir, con un balbuceo amenazante, en el cual le decía a mamá que quería salir al bosque, que el lobo le gustaba.

Muchas veces, Caperucita roja se sentía ansiosa. Sin saber la razón, un extraño nerviosismo invadía su cuerpo. Las manos, piernas y brazos tenían movimientos involuntarios que la obligaban a pensar qué necesitaban para tranquilizarse. Por eso, para entretenerse, desafiar y desafiarse, comía, a escondidas de su madre, manzanas rojas –como su caperuza– que saboreaba con grandes y jugosos mordiscos, cuestionando su inocencia con un poco de temor. Mientras escuchaba a lo lejos, al lobo que aullaba quedito... llamándola, seduciéndola.

¡Pobre Caperucita! ¿Qué haría mientras se aburría en la seguridad y calidez eterna de su casita, lejos del bosque donde dicen que vivía la abuela?

Un día por fin, con la justificación de que la abuelita estaba enferma, Caperucita fue lanzada al bosque, armada con el

único escudo de los consejos de mamá: no hablar con desconocidos, no distraerse y cuidarse. Acompañada de su canastita, llena de queso, pastel y un tarro de miel –dicen los hermanos Grimm–, o con pastel y un frasquito de manteca –dice Perrault– y su inseparable caperuza resplandecientemente roja. Así comienza.

El inicio de una travesía siempre me ha emocionado, desde la Odisea hasta Miss Dalloway que "sólo va comprar flores". Los viajes invariablemente generan expectativa, tal vez miedo, pero son necesarios, el bosque y sus frutillas así como la posibilidad de encontrarse con el lobo, es tentadora.

Pero el bosque, contrario a lo que podría pensar mamá no es frío y peligroso, sino comprensible como un símbolo de vida, donde Caperucita es protagonista de su propio destino, el cual deberá transgredir para encontrarse a sí misma. Hablar con desconocidos, elegir otro camino para llegar a la abuela, entretenerse recogiendo frutillas, en fin, desobedecer a mamá hacía que cada vez Caperucita se acercara más al lobo, aunque muchas veces se preguntara, si en realidad el lobo era ella misma.

En su viaje a través del bosque Caperucita descubre, se descubre, asume el rojo de su caperuza y se acerca a la casa de su abuela. Acercándose a cada paso al lobo, que dejó en la tradición oral y en el siglo XIX, de representar la parte masculina y astuta, –cuyo fin era abusar de nuestra tierna niña– para convertirse en parte de ella.

Caperucita se permite platicar con él y poco a poco, lleva a cabo un proceso de licantropización, que saca a relucir su interior como un ser independiente y libre, convertida en una mujer que ya es su madre quien la previene del lobo y le recuerda a la abuela quien espera su canastita llena de jugosos recuerdos. Abuelita que fantásticamente se ha hecho lobo y la espera, ambas se esperan.

Una vez en la casita de la abuela, aceptando la invitación del licántropo, Caperucita se mete en la cama y lo engaña con un juego de preguntas inocentes, mientras descubre paso a paso su cuerpo: grandes brazos, grandes piernas, gran-

des orejas, grandes ojos y grandes dientes. Esperando en cada roce, diferir que el cuerpo del animal tiene algo de ella misma y entregándose en cada contacto al lobo, se desprende, se reconoce.

Alejada de los salvadores aparecidos, como el leñador, la niña rompe con la familia y con la distinción humano-animal durante esos tensos instantes, lo cual no significa que esté perdiendo su virginidad cuando el lobo devora su tibio cuerpo –que por medio de interpretaciones freudianas podía serlo–, sino que se enfrenta, asume y acepta su sexualidad. Dándole así paz, calidez y un dulce sabor en la boca que dan ganas de relamerse.

Quizá la identidad de Caperucita aun permanece moldeable, se representa tan solo con una caperuza roja que podría ser de cualquiera. Esta niña que sale al bosque en pos de la abuela, cumpliendo el mandato de mamá para encontrarse furtivamente con el lobo, eres tú, soy yo, fue alguien y será otra. En cada uno de nosotros habita una Caperucita que deberá salir al bosque, en búsqueda de su propio destino.

Algunos salieron hace mucho tiempo, otros quizá estén en camino y los desafortunados aún no piensan en salir por miedo al lobo, por miedo a ellos mismos. ■



Damián Andrade